

¿Marx y Keynes: Dos teorías compatibles?*

Jairo Sánchez Acosta

*Profesor departamento de Economía,
director académico de carrera,
Universidad Nacional de Colombia.*

En 1642, el mismo año en que moría el destacado astrónomo italiano Galileo Galilei, nacía en Inglaterra el genial matemático y físico Isaac Newton. Esta rara coincidencia marcaría el desplazamiento del centro de la actividad académica en las ciencias físicas del mediterráneo a la Europa septentrional, pero también señalaría la continuidad del desarrollo científico y el incontenible y acelerado avance de la investigación y el conocimiento que tendrían lugar a partir del siglo XVII.

En 1883, dos siglos y medio después, una coincidencia similar ocurría esta vez en el campo de las ciencias sociales. En este año entregaba su cuerpo a la tierra el notable pensador, filósofo y economista Carlos Marx, y en la misma Inglaterra, nacía unos meses más tarde, el lucido matemático y economista John M. Keynes. Tal pareciera que con estas coincidencias el destino, en algún imperativo mágico, tratara de llamarnos la atención sobre la continuidad del conocimiento científico. Así, por lo menos podría ser interpretado en el caso de las ciencias físicas en las cuales un proceso acumulativo mediado por grandes cambios de paradigmas, ha producido un avance portentoso e indiscutible. Pero, difícilmente podemos concluir lo mismo para el caso de las ciencias sociales, y particularmente para la economía. En ellas, por motivos ideológicos, pero también por un muchas veces no muy justificado radicalismo que riñe con la imparcialidad académica, se presenta la subsistencia simultánea de varios paradigmas, aparentemente irreconciliables, sin que hagan grandes esfuerzos para analizar y evaluar

* Conferencia dictada en el panel "Marx y la teoría contemporánea" efectuado en el departamento de Economía de la Universidad Nacional de Colombia en abril de 1983.

comparativamente las diferentes teorías en un intento por precisar las compatibilidades e incompatibilidades reales que existen entre ellas. De ello, el diálogo de sordos que existe entre las teorías marxistas y keynesianas es un claro ejemplo.

Por eso, a quienes accedimos al estudio de la economía no por una vocación o inclinación innata, sino por factores puramente circunstanciales, caso este último que estoy seguro cobija a la mayoría de los presentes, nos preocupa el grado de confusión a que ha llegado hacia finales del siglo XX la teoría económica, y con justa razón nos causa desasosiego enfrentarnos al inmanejable e intrincado volumen de literatura que ha llegado a producirse sobre el tema, el cual, tengo la seria sospecha, ha sido en una buena parte, más un fruto del famoso folletínismo que de un avance real en la reflexión y el pensamiento económicos.

Así, pues, a los economistas se nos plantea una inevitable disyuntiva: O bien encontramos en la teoría económica una herramienta útil y manejable para enfrentar los problemas de la economía contemporánea, o por lo menos para expresar con un razonable grado de certidumbre nuestras opiniones sobre ella; o bien, desechando lo anterior, aceptamos pragmáticamente que la teoría económica es apenas un medio para sostener vegetativamente nuestra actividad académica o un objeto sobre el cual ejercitamos nuestra capacidad lógica sin pretender esperar resultado práctico alguno.

Yo personalmente creo que la matemática o la cibernética y sus ciencias afines son un mejor medio para mantener en forma nuestro estado mental sin necesidad de enfrentarnos a incertidumbres o ansiedades neurotizantes.

Pero si nos situamos en la primera perspectiva podría resultar útil abandonar tanto el folletínismo que va acompañado de una vacua pretensión enciclopedista, como también el simplismo en que pueden devenir los buenos lectores de solapas, que buscan posar de enciclopedistas mediante el recurso de la profusa citología sin nunca asumir una reflexión propia sobre los temas de sus pretendidas erudiciones. Estas actitudes no son más que las dos caras de una misma moneda que se retroalimentan deviniendo en lo que en términos económicos podríamos denominar como un indefinido proceso de inversión improductiva, o sea de abrir más y más hoyos sobre la arena. Por tanto, eludiendo tan perversas inclinaciones, podría resultar útil, o por lo menos interesante, reducir nuestro campo de acción. Así, para quienes consideramos que la obra de Carlos Marx constituye la expresión más refinada y completa del pensamiento económico en el siglo XIX, resulta un buen camino para salir de nuestra encrucijada, comparar reflexiva-

mente su teoría, con aquellas que han constituido los grandes hitos del pensamiento económico del siglo XX.

Como el reconocimiento que la historia ha hecho de pensadores como Keynes, Srafa o Kalecki (no sabemos aún cómo lo hará de Friedman) seguramente, en la mayoría de los casos no ha sido gratuita, bien podríamos esperar que todas sus teorías hayan aportado elementos útiles y valiosos para la interpretación de los fenómenos económicos, y en tal sentido sería conveniente avanzar en la integración y complementación de las diversas teorías, proceso que tradicionalmente ha sido difícil por los prejuicios ideológicos, los purismos y el inveterado temor al eclecticismo. Como bien anotaba Schumpeter, refiriéndose a los economistas ingleses del siglo XIX que habían descuidado el estudio de las obras económicas más importantes de los siglos XVII y XVIII, "...el progreso de la economía política se ha visto y está siendo obstruido por estas pérdidas periódicas del conocimiento previamente acumulado"¹. Pero, lo cierto es que rehuir tal ejercicio, además de impedir el avance del conocimiento, también impide botar por la borda de una vez por todas, una gran cantidad de basura de prejuicios teóricos y de conceptos absolutamente inservibles, por lo menos si se miran desde la óptica del economista y no del historiador de doctrinas económicas.

Pero, a su vez, hay que cuidarse también en la valoración del "conocimiento previamente acumulado" y es aquí donde coinciden graciosamente las opiniones de los dos ilustres autores sobre los que versará esta modesta disertación. Decía Keynes en la conclusión de su prefacio: "La dificultad reside no en las ideas nuevas, sino en rehuir las viejas que entran rondando hasta el último pliegue del entendimiento de quienes se han educado en ellas, como la mayoría de nosotros"². Y como si fuera continuación del mismo texto agregaría Marx: "La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos"... "La revolución social del siglo XIX..., no puede comenzar su propia tarea antes de despojarse de toda veneración superstitiosa del pasado"³.

Pasando de esta tediosa introducción al análisis de algunos de los puntos más relevantes que resultan de la confrontación de estas dos teorías, permítaseme expresar en primer término que en mi opinión las dos son en buena medida complementarias. Esta opinión resulta de una

1. Schumpeter, J., *Historia del Análisis Económico*, F.C.E., México, 1971, p. 600.

2. Keynes, J. M., *Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero*, F.C.E., Bogotá, 1976, p. 11.

3. Marx, C., *El Dieciocho Brunario de Luis Bonaparte* en Marx, C. y Engel, F., *Obras Escogidas*, Ed. Progreso, Moscú, 1976, pp. 230 y 232.

primera constatación: La teoría de Marx es lo fundamental, una teoría de largo plazo. Busca establecer las condiciones generales que rigen la dinámica capitalista, su proceso de acumulación y los mecanismos de distribución del producto. La teoría del valor íntimamente asociada con la teoría de la explotación proporciona los elementos para entender la distribución, la cual a su vez es la base del proceso de acumulación. Como conclusión de la teoría, surge el postulado de que este proceso de acumulación contiene los gérmenes que en algún momento, ese largo plazo conducirán a su interrupción, con lo cual capitalista socavará las bases de su propia existencia. Así, llegará el momento en que la pobreza que se exagera por el afán inagotable de acumulación, y la cada vez más regresiva distribución a causa del aumento de la tasa de explotación, conducirá a la eclosión del sistema. Alternativa y/o complementariamente el proceso de acumulación irá acompañado de un aumento en la composición orgánica del capital con lo cual la tasa de ganancia declinará progresivamente hasta desestimular la inversión capitalista.

Por su parte, la teoría de Keynes es esencialmente cortoplacista. Aunque coincide con Marx en un acentuado pesimismo sobre el futuro del capitalismo, basándose para ello en la rentabilidad decreciente de las inversiones adicionales, y en el aumento de desempleo, producto de la caída en las propensiones marginal y media a consumir, Keynes centra su atención en la mecánica del ciclo económico, y en el desenvolvimiento de la economía en el corto plazo. Dicho de una manera simplista, la teoría de Marx enfatiza el problema de *la crisis* del capitalismo, mientras que la de Keynes se ocupa básicamente de *las crisis*. Ciertamente, como veremos al final de la exposición, las desordenadas incursiones de Marx en la mecánica del corto plazo, pese a contener interesantes hipótesis y sugerencias analíticas, encierran no pocas contradicciones y distan mucho de una teoría coherente y sistemática sobre la dinámica cíclica del capitalismo. En este campo, la teoría de Keynes es indudablemente mucho más rica y consistente y proporciona mejores resultados en su confrontación con la realidad, según trataremos de demostrar más adelante.

EL DINERO

Señalaremos inicialmente de una forma somera algunas de las similitudes entre las dos teorías. Una de las más claras y evidentes tiene que ver con el dinero. En ambas, el dinero se inserta de una manera esencial en el funcionamiento de la economía introduciendo, para muchos efectos, radicales diferencias entre las leyes que rigen el funcionamiento de una economía monetaria y las que determinaban a las economías de trueque.

Por otra parte, en un rechazo categórico a uno de los postulados de la teoría cuantitativa, ambas niegan el carácter constante de la velocidad de circulación del dinero. Aunque como lo ha hecho notar Hicks, este último aserto se asocia en el caso de Marx con el atesoramiento y en el de Keynes con la preferencia por la liquidez por el motivo especulación, los dos planteamientos tienen innegables puntos de conexión: el atesoramiento para Marx se relaciona con la regulación de la cantidad de dinero, mientras que para Keynes, la especulación es un fenómeno más transitorio asociado con ciertas expectativas. No obstante en el fondo de ambas motivaciones se encuentra el carácter de equivalente general del dinero y/o la preferencia absoluta por la liquidez.

Por otra parte, las dos teorías reconocen la existencia de sustitutos cercanos del dinero, y por tanto la posibilidad de expandir y contraer la liquidez de la economía, asunto este vinculado también a la variabilidad de la velocidad de circulación del dinero.

El último punto de coincidencia que podemos señalar en el ámbito de la teoría monetaria es relacionado con la determinación monetaria de la tasa de interés. Obviamente, pese a esta similitud, el tratamiento dado a esta variable, en las dos teorías, no es perfectamente compatible. En el caso de Marx el interés es una parte de la plusvalía, con la que el empresario retribuye al rentista o al capital financiero su contribución al proceso productivo. Por tanto, en general, la tasa de interés tiene como techo límite la tasa de ganancia, y en el corto plazo su determinación tiene un carácter monetario. Para Keynes, análogamente el interés define la tasa real de inversión corriente hasta el punto en que la primera se iguala con la eficiencia marginal de capital, y por otra parte su existencia y justificación radica en la recompensa al sacrificio en que incurre el poseedor de dinero al desprenderse de liquidez. Nótese al margen, que para los clásicos el interés se explicaba como la recompensa por abstenerse del consumo presente es decir por no gastar. Para Marx, al ser el capital dinero condición indispensable para la obtención de plusvalía, el empresario acepta compartir una parte de esta con su mecenas financiero. Pese a que tanto en ambos casos la motivación para el atesoramiento o la preferencia por liquidez, descansan sobre el carácter de equivalente general del dinero, y en tal sentido se explica la existencia del rédito o interés que percibe quien se desprende de él, es indudable que el análisis del interés en Marx es mucho más sólido y claro que el de Keynes en el marco de una teoría general de la distribución así se presente una notoria coincidencia en cuanto a la determinación monetaria del interés.

Pero no obstante esta multiplicidad de similitudes sobre el dinero, la teoría de Marx sobre el mismo presenta por lo menos dos ostensibles

errores. El primero de ellos es el referente al carácter mercancía del dinero y el segundo, asociado al anterior, el de la relación de causalidad directamente proporcional entre la cantidad de billetes y el nivel de precios.

Algunos marxistas se engolosinan todavía con las teorías del dinero mercancía, que probablemente ni el mismo Marx suscribiría hoy día, al observar la diafanidad de los procesos de intercambio y la circulación. ¡Con el dinero mercancía todo parece presentarse tan claro! Una mercancía se cambia por dinero, ambos valores equivalentes, y posteriormente el vendedor vuelve a cambiar su dinero por otra mercancía equivalente. Indudablemente este expediente facilitó la claridad explicativa de Marx sobre las bases de la teoría de valor, el intercambio y la explotación, pero conservarlo hoy día no pasa de ser un ingenuo despropósito. Entre otras cosas porque eliminar al dinero mercancía no cuestiona en forma alguna la substancia de la teoría de Marx. Como bien observa Hicks: "El uso de moneda metálica es un medio caro para cumplir funciones relativamente simples. ¿Por qué tenemos que malgastar recursos en extraer oro del suelo, cuando simples trozos de papel (o entradas en los libros) pueden ser producidos y transportados a un costo muy inferior?"⁴. Realmente, además de simplista, es curiosa la insistencia de estos marxistas ortodoxos en su defensa del valor intrínseco de la moneda. Parece que no se dieran cuenta de que el perseverar en ello, además de atentar contra la racionalidad económica y el bienestar común, con la aparición y desarrollo de la moneda fiduciaria, el capitalismo introduce un nuevo elemento que favorece su inestabilidad y que por tanto en algún momento puede contribuir sensiblemente al derrumbe definitivo que ellos pregonan.

Así, el análisis de Marx del volumen I de *El Capital* y de "La contribución a la crítica de economía política" en torno al dinero mercancía, si bien conserva su justificación en su valor didáctico para efectos del proceso de intercambio, y mantiene su validez desde el punto de vista de la génesis del dinero y de las economías monetarias, se convierte en un oscuro dogma a la luz del funcionamiento de las economías contemporáneas. Por otra parte si se trata de matizar este dogma, como hacen algunos de estos ortodoxos contemporáneos argumentando que el carácter mercancía del dinero no está dado por las reservas metálicas que respaldan los billetes sino por el respaldo del mismo en la producción general de mercancías, se incurre en una simple verdad de Pero-

4. Hick, J. R., *La Teoría Monetaria y la Historia* en ensayos críticos sobre teoría monetaria. Ariel, Barcelona, 1970, pp. 187-188.

grullo. Indudablemente el dinero no puede existir como tal ni tener valor de cambio alguno fuera del ámbito de la producción y circulación de mercancías, lo cual obviamente nada dice sobre la proporcionalidad o el respaldo del dinero con algún tipo de mercancías.

El segundo error referido atrás no es otra cosa que una aceptación parcial de la teoría cuantitativa. Incluso pasando por alto el hecho de que los billetes tengan o no respaldo en oro, es inaceptable la proposición de que su emisión provoque un aumento directo y proporcional en los precios. Como bien lo explican tanto Keynes como otros teóricos, basados en la estructura de retrasos, un aumento del dinero, con o sin respaldo, distribuirá su efecto en un incremento en la producción y otro en los precios, en virtud de ajuste más eficiente de las cantidades sobre el de los precios. Aunque esto último no siempre es cierto, menos lo es el categórico postulado de Marx a este respecto.

EL VALOR

Ahora bien, uno de los puntos que inducen a la desconfianza para los marxistas que tratan de relacionar las dos teorías es el de las diferencias que entre ellos existe sobre la teoría del valor. Este asunto ha dificultado grandemente el estudio y la justipreciación que los marxistas hacen de la obra de Keynes. Ciertamente hay que reconocer que desde el punto de vista de consistencia lógica, la teoría del valor de Marx ofrece incuestionables ventajas sobre otras que se ocupan de la cuestión, tanto clásicas como marginalistas.

No obstante, aceptando la primacía y mayor capacidad explicativa de la teoría marxista del valor, ésta bien puede complementarse con buena parte del marginalismo, especialmente con la teoría de la demanda, sin incurrir en eclecticismo alguno. Por su parte Keynes prestó escasa o casi nula atención a este problema, y como bien lo señala la señora Robinson "...entre marxistas y keynesianos la teoría del valor trabajo constituye un tema de discusión absolutamente irrelevante"⁵.

De todas formas, sin pretender ningún claro entendimiento sobre el famoso pero oscuro patrón de medida de Keynes, la unidad salario, bien podemos arriesgar un punto de entendimiento entre la teoría del valor trabajo y la seudoteoría que pudiese tener Keynes. Este último en total oposición con las ideas dominantes en su tiempo, expresó serias dudas, si no un rechazo categórico, al "esencial" pero etéreo concepto

5. Robinson, J., *Marx y Keynes en Economía de Mercado Vs Economía Planificada*, Ed. Martínez Roca, Barcelona, 1973, p. 168.

de “productividad marginal del capital”. “Es preferible —afirma Keynes— considerar al trabajo incluyendo los servicios personales del empresario y sus colaboradores, como el único factor de producción que opera dentro de un determinado ambiente de la técnica, recursos naturales, equipo de producción y demanda efectiva”⁶. Según Keynes es mejor hablar de que el capital da un rendimiento (podría leerse plusvalía) mientras dura, como excedente sobre su costo original, que decir que es productivo; pues la única razón por la cual un bien ofrece rendimientos mientras dura”... se debe a que es escaso”⁷. A esto último un marxista con justa razón respondería a Keynes que no es la escasez, sino la propiedad concentrada en unas pocas manos, la propiedad de los medios de producción a la cual es ajena la mayoría de la población en que determina no ya el rendimiento, sino la explotación.

CICLOS Y CRISIS

Vale la pena, iniciar el tema de las crisis por una constatación elemental: el problema de la crisis y los ciclos está ligado a los conceptos de equilibrio y desequilibrio. Tanto en Marx como en Keynes el sistema económico tiende permanentemente al desequilibrio y este último es prácticamente su estado natural. El primero, coinciden también las dos teorías, es un caso especial que se obtiene prácticamente por accidente, o como un fugaz momento en el proceso cíclico. No obstante, la noción de equilibrio, tiene para efectos de nuestros modelos económicos, que no han podido superar el análisis estático comparativo, una utilidad teórica no despreciable. Dado que equilibrio no es otra cosa que una igualación entre oferta y demanda ya sea para cada mercancía, o en el caso de la macro para cada uno y por ende para el conjunto de los mercados, dicho equilibrio es un referencial básico para el estudio y análisis del desequilibrio el cual es el estado de la mayor parte del ciclo, y por tanto está íntimamente asociado con el análisis de la crisis entendida como un momento de aquél.

En esta perspectiva, para los clásicos la ley de Say juega un papel esencial para justificar la imposibilidad de la crisis y mantener casi permanentemente la igualdad entre oferta y demanda en todos los mercados macro, incluso el de trabajo. Al atacar frontalmente la ley de Say, tanto Marx como Keynes abren las puertas de la teoría económica a la posibilidad de las crisis, sin que con ello se esté avanzando propiamente

6. Cfr. Leijonhufvud, A., *Keynes y los Clásicos* en Clower, R. y Leijonhufvud, A., *La Nueva Teoría Monetaria*. El Saltes.

7. Keynes, J. M., op. cit., p. 191.

en la explicación de su origen ni de los mecanismos que involucra. En este punto la intermediación del dinero en el proceso de intercambio es señalada por los dos autores como el elemento fundamental para echar por tierra la ley de Say que se sostenía sobre una burda asimilación de las leyes de las economías monetarias a las economías de trueque. Pero pese a esta importante coincidencia, en este punto también hay dos enfoques diferentes, en la medida que Marx enfatiza para el efecto el problema del atesoramiento, y es un poco oscuro en las relaciones del ahorro y la inversión. En cambio, en Keynes, la noción de demanda efectiva es mucho más clara y categórica para demostrar que los mecanismos empleados por los clásicos para recuperar automáticamente el equilibrio no existen o son falsos. Para estos últimos al presentarse un exceso de oferta de trabajo, este necesariamente aparecerá acompañado de un exceso de demanda de mercancías que obligadamente generará un proceso equilibrador por la vía de una baja de salarios simultánea a un aumento en los precios de las mercancías. Al introducir el dinero como intermediario en el cambio de trabajo por bienes, Keynes afirmaría que lo que demandan los trabajadores al ofrecer trabajo no son bienes, sino salarios monetarios, con lo cual el exceso de demanda de mercancías que presupone la ley de Say constituiría una demanda no efectiva, razón por la cual no operará el proceso equilibrador.

Ahora bien, existe una gran confusión en el tratamiento que Marx da tanto a las crisis como el derrumbe definitivo de capitalismo. Existen por lo menos tres tipos de argumentaciones al respecto. La primera consiste en el hecho de que los capitalistas mantienen los salarios en un nivel de subsistencia, dado que en cuanto precio de la mercancía fuerza de trabajo, aquellos tenderán a ser iguales al valor necesario para reponerla. Así pues, el aumento en la composición orgánica del capital y en la productividad llevarán a un proceso progresivo de concentración del ingreso y a la exacerbación de la miseria, con lo cual el sistema explotará en gracia a la agudización de las contradicciones sociales. Un segundo argumento se basa en la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia en virtud del cambio técnico acompañado de un aumento en la composición orgánica de capital. Obviamente, a este segundo argumento se le pueden si no contraponer sí por lo menos efectuar dos observaciones. La primera de ellas, tiene que ver con las posibles variaciones en la tasa de plusvalía la cual difícilmente se mantendrá constante, sino que con bastante probabilidad tenderá a subir; la segunda consiste en la posibilidad de que el cambio técnico, y por tanto el aumento de productividad, no lleven necesariamente aparejado un incremento en la composición orgánica de capital. Por ejemplo, en el caso actual de los computadores sería interesante ver el peso que tiene la elaboración del

software, o sea de la programación, la cual requiere un substancial aumento del capital variable. Cabe preguntarse también sobre la relación de esta ley con las oscilaciones del nivel de empleo y de la utilización del equipo de capital.

La última argumentación tiene que ver con un posible aumento de la demanda de fuerza de trabajo al aumentar la acumulación, con lo cual se presentaría un aumento en los salarios reales que haría declinar la tasa de ganancia. Aquí habría que preguntarse cómo se compatibiliza lo anterior con las aisladas referencias que hace Marx a las dificultades de realización que surgen por el aumento en la tasa de explotación que mantienen a los trabajadores en un nivel de subsistencia.

Pero retornemos lo anterior en el marco del análisis macroeconómico del equilibrio. En cuanto presentemos la crisis como un desequilibrio en el cual la oferta es mayor que la demanda en el mercado de bienes, provocando con ello un freno en el ritmo de producción, una consecuente disminución del ingreso y finalmente el desempleo, o sea, un exceso de oferta en el mercado de trabajo (esto es lo que conocemos como desequilibrio macroeconómico), tenemos que tanto Marx como en Keynes el citado exceso de oferta es provocado por el aumento de la acumulación con lo cual el origen del desequilibrio se encuentra al interior del mercado de bienes. Si entonces nos encontramos con que la oferta es mayor que la demanda, cabe preguntarse obviamente si es la oferta la que crece indebidamente, o por el contrario es la demanda la que por algún motivo se reduce.

La manera por la cual tanto Keynes como Marx abordaron el anterior problema, y que a mi juicio constituye una de las semejanzas más relevantes entre los dos modelos, parte de la desagregación del mercado de bienes en dos sectores: el productor de bienes de capital, y el productor de bienes de consumo.

La utilización de esta desagregación, llevó a Marx a plantear su famosa condición de equilibrio intersectorial, que obviamente no es otra cosa que la condición por la cual la oferta se iguala a la demanda. Al ser la demanda de bienes de consumo igual a $V_1 + P_1 + V_2 + P_2$ y la oferta a $C_2 + V_2 + P_2$ se debe pues cumplir el $C_2 = V_1 + P_1$

Pero volvamos a nuestra pregunta: ¿Dónde está el origen del desequilibrio? ¿En la oferta o en la demanda? Muchos marxistas se enfrentan permanentemente a la disyuntiva de atribuir la crisis a la sobreacumulación, o hacerlo a la disminución de la demanda producto de la creciente panperización (subconsumo). Pero... falso dilema. Analizando cuidadosamente el asunto las dos causas son finalmente las dos caras de la misma moneda.

El problema tiene necesariamente que resolverse, definiendo los límites de la acumulación. Pero aquí hay que diferenciar si se está hablando de algún límite final que sepultaría al capitalismo, o en cambio se hace referencia a distintos límites en el transcurso del proceso de acumulación.

Si se observa cuidadosamente los esquemas de reproducción de Marx, encontramos que la condición de equilibrio sólo es posible para proporciones intersectoriales únicas. Es decir, la condición de equilibrio sólo se puede cumplir para una determinada proporción en que el valor total se distribuye entre los dos sectores.

Esto nos remite obligadamente a la curva de transformación, entendida esta como el conjunto de las combinaciones en que el producto total se distribuye entre el sector productor de bienes de capital y el de bienes de consumo en unas condiciones determinadas de desarrollo técnico empleando un también determinado volumen de empleo. En la medida en que la técnica avanza, normalmente aumenta la proporción del único recurso productivo, o sea el trabajo, dedicada a la producción de bienes de capital, lo que obviamente implica en términos físicos no una disminución, sino un aumento en la capacidad de producción de bienes de consumo. Así pues, la proporción de equilibrio intersectorial varía en favor de los bienes de K, cuando la técnica aumenta, pero esto necesariamente trae aparejado una mayor producción física de bienes de consumo. La pregunta es, pues, si los trabajadores (que según Kalecki gastan todo lo que ganan) y/o los capitalistas están dispuestos a absorber la creciente oferta física de bienes del sector II. Aún más, si no se varía la técnica y por tanto se mantiene constante la proporción intersectorial habría que preguntarse qué sucede si los capitalistas deciden no gastar toda su plusvalía en bienes de consumo (es decir acumulan independientemente de cambios técnicos), sino que impulsados por su afán de acumulación ahorran y tratan de invertir en capital por encima de la proporción intersectorial. La respuesta es obvia. Se estaría como señala M. Doob, en la situación increíble de "un mundo en la infortunada frase de J. B. Clark, en el que se constituyen fábricas que sólo servirán para construir más y más fábricas indefinidamente sin que llegue a haber plétora"⁸. Estamos pues ante el principio de que es el consumo o mejor la demanda de bienes de consumo la que decide la suerte de la acumulación, y por tanto rige el proceso de producción por encima mismo del objetivo capitalista de valorización del capital: ¿Estaría Marx dispuesto a aceptar lo anterior? No estamos muy seguros. Es decir,

8. Doob M. *Economía Política y Capitalismo*, F.C.E., México, 1974, p. 66.

existe para cada nivel de desarrollo técnico una única proporción o combinación de bienes de capital y de consumo que posibilita (no asegura) el cumplimiento de la condición de equilibrio del sistema (igualación de la oferta y demanda de bienes) estando tal proporción asociada con la convexidad hacia el origen de la curva de transformación, y por la maximización de la producción del sector de bienes de consumo.

El asunto en Keynes es mucho más claro, y por ello su teoría de las crisis está menos sujeta a tantas interpretaciones y obviamente a contradicciones internas. “El consumo —dice Keynes— para repetir lo evidente es el único objeto y fin de la actividad económica”⁹ y obviamente sobre la proporcionalidad intersectorial dirá el mismo autor: “Suponiendo que la propensión a consumir está determinada lo mismo que otros factores por cada nivel de demanda efectiva, en términos de unidades salario, habrá una ocupación correspondiente y esta demanda efectiva se dividirá en determinadas proporciones entre el consumo y la inversión. Más todavía, cada nivel de demanda efectiva corresponderá a una determinada distribución del ingreso. Es razonable por tanto suponer, además, que a un determinado nivel de demanda efectiva corresponde una distribución única de la misma entre diferentes industrias”¹⁰.

Obviamente la insuficiente demanda de bienes de consumo para cada nivel posible de la curva de transformación, o lo que es lo mismo el intento de acumular por encima del límite que la anterior fija, provocará una caída del ingreso y del empleo, o sea una crisis. A no ser que acumuláramos bienes de capital indefinidamente para un consumo futuro. Pero, como bien lo dijo Keynes: “El consumo que podemos prever por adelantado no puede acrecentarse indefinidamente en el futuro”¹¹.

No es pues la producción u oferta general de bienes la que se toma demasiado grande, sino la producción relativamente excesiva de una clase de bienes —los de capital— la que define la suerte del corto plazo capitalista y provoca el desequilibrio. Pero como es obvio, tal producción o acumulación relativamente excesiva, no puede tener lugar si previamente no ha disminuido indebidamente la demanda de bienes de consumo.

Ahora bien, en el largo plazo el capitalismo bien podría cumplir con la proporción y la condición de equilibrio del sistema siempre y cuando capitalistas y/o trabajadores estén dispuestos a consumir la

9. Keynes, J. M., op. cit., p. 99.

10. Ibid, p. 190.

11. Ibid, p. 250.

enorme cantidad de bienes de consumo que se producirá en el umbral de la automatización total. Las crisis sobrevendrán por insuficiencia de demanda de bienes de consumo en todo el transcurso del desarrollo capitalista, o bien si no hay insuficiencia de demanda, en el muy largo plazo la tasa de ganancia habrá caído tan bajo que los capitalistas no quisieran invertir, con lo cual el derrumbe final sobrevendría ya no por la lucha del proletariado, sino por suicidio de los mismos capitalistas.

En conclusión, según las teorías de Keynes y de Kalecki, la crisis final de capitalismo podría sobrevenir en cualquier de las depresiones o procesos cíclicos que afectan permanentemente al sistema y que ellos tan agudamente explicaron. Existe pues en este tipo de teorías una gran dosis de incertidumbre sobre la caída final del capitalismo, con lo cual la crisis total deviene en un fenómeno aleatorio. La teoría marxista, por el contrario, dedicó la mayoría de sus esfuerzos a demostrar la inevitabilidad e inexorabilidad del derrumbe total del sistema capitalista en un intento de corroborar sus premisas sociológicas sobre la revolución proletaria. Con ello obtuvo seguramente una ganancia neta en adeptos, pero, desgraciadamente tal vez, una substancial pérdida en sus posibilidades analíticas sobre una parte importante de la realidad del desenvolvimiento del capitalismo.

El punto crucial de la diferencia entre Marx y Keynes se sitúa entonces en los límites de la acumulación. Para el primero, existiría un límite final al cual la acumulación se acercará progresivamente para marcar la destrucción del sistema. Para el segundo, el proceso de acumulación contará con distintos límites, señalados por el estado de la técnica, que serán recurrentemente rebasados en razón de la insuficiencia de la demanda efectiva, provocando así las periódicas crisis a que se ve abocado el desenvolvimiento capitalista.

Por eso, la proposición política según la cual la revolución y el socialismo no han llegado a muchos países porque "aún no están suficientemente maduras las condiciones" (sic) no expresa seguramente otra cosa que un determinismo ciego y una certidumbre de connotaciones religiosas. Contrariamente a la poca aversión al riesgo que connotan los insaciables aventureros capitalistas, algunos marxistas se conforman, en beligerante pasividad, con esperar la llegada de su "destino inexorable". Pero desafortunadamente el análisis económico parece no confirmar tal expectativa ni justificar su excesiva aversión al riesgo. Bien les convendría recoger la pragmática sentencia de Keynes: "En el largo plazo todos estaremos muertos".